

públicos ejerciesen, privadamente, alguna profesión liberal. Sócrates era estatuario. En las admirables repúblicas italianas del Renacimiento, de organización sindicalista, nadie podía residir sin hallarse inscripto en cualquiera de los gremios o corporaciones que dividían entonces la total actividad de los ciudadanos. Y así—cuando el Dante hubo de trasladarse a Florencia donde imperaba aquel gran ejemplo de civilidad, cuéntase que tuvo que inscribirse en la categoría de los boticarios, porque Dante en su juventud había sido aprendiz de boticario. Hoy mismo parece que supervive tan noble tradición en las cortes imperiales de Alemania. Intimos de aquellas cortes refieren que el Kaiser es un encuadernador excelente. Nuestro juicio sobre muchos soberanos sería, en el transcurso de la historia, más indulgente, si de ellos, como del Kaiser, pudiéramos decir que fueron excelentes encuadernadores.

Claro que en tales casos no se da al término oficio la latitud, la extensión que nosotros le damos. Según la comprensión moderna del término, el verdadero oficio de Sócrates era ense-